

DIARIO DE LECUMBERRI

Por **Álvaro MUTIS**

Dibujos de **Alberto GIRONELLA**

Tenia el propósito de escribir algo sobre cómo ve Colombia a un colombiano que tiene que romper de pronto con su patria y renunciar para siempre a ella. Es decir, a qué renuncia, qué clase de "saudade" le lastima, en dónde le duele —si le duele— la ausencia del país. Y también cómo se ve Colombia desde este México tan sospechosamente familiar para quienes vivimos en él y, sin embargo, tan sorprendente a veces y tan feamente parecido en algunas cosas a nuestro lindo país colombiano. Pero no fue posible hacer el artículo que ya tenía prácticamente escrito en la mente, porque mataron a "Palitos" y cuando lo vi allí tendido en nuestro mezquino anfiteatro, todo esto de Colombia y sus problemas me pareció tan lejano, tan irrisorio, tan sin importancia que preferí dedicar a "Palitos", mi amigo desde los primeros días de cárcel, una página de mi Diario de Lecumberri. Pienso que es bueno que todos conozcamos la historia de "Palitos", pues tales testimonios siempre han sido mucho más importantes que lo que llamamos "los hechos políticos" —valga de ejemplo, so pena de pasar por pedante, cómo hoy todos recordamos con terrible emoción el testamento de François Villon y desconocemos tranquilamente las razones políticas que asistieran a Luis XI para luchar contra los borgoñones que a menudo sólo vienen a ser una miserable escuela de estos sencillos y terribles "hechos humanos".

LIBRE POR DEFUNCIÓN

MÁS JOVEN, CASI UN NIÑO

ESTA MAÑANA, vinieron a contarme que "Palitos" había muerto. Lo apuñalaron, en su crujía, a la madrugada. Como sabían que venía a verme y a conversar conmigo y a sus compañeros les contaba que yo era su "generalazo" y que era "muy jalador" —en esto aludía a la facilidad con que lograba convencerme de sus complicados negocios de leche, café y cigarrillos— algunos de ellos vinieron a traerme la noticia.

Fui a verlo por la tarde al estrecho cuarto que en la enfermería han habilitado como anfiteatro. Sobre una losa de granito estaba "Palitos". Su cuerpo desnudo se estiraba sobre la lisa superficie en un gesto de vaga incomodidad, de insostenible rigidez, como hurtando el frío contacto de la piedra. Debajo, a sus pies, estaba el atado con sus ropas de preso, el uniforme azul, celeste ya por el uso, su cuartelera, sus botas de faginerero y sobre la ajada página de una revista deportiva, sus objetos personales; una jeringa hipodérmica remendada con cáñamo y cera, una pequeña navaja, un retrato de Aceves Mejía, con una dedicatoria impresa, un lápiz despuntado y una arrugada cajetilla de cigarrillos casi vacía.

Me quedé mirándolo por largo rato mientras un rojizo rayo de sol, tamizado por entre el polvo de Texcoco que flota en la tarde, se paseaba por la tensa piel de su delgado cuerpo al que las drogas, el hambre y el miedo habían dado una especial transparencia, una curiosa limpieza, un trazo neto y sencillo que me hizo recordar el cuerpo de esos santos que se conservan debajo de los altares de algunas iglesias en cajas de cristal con polvosas molduras doradas.

Allí estaba "Palitos", más joven aún de lo que pareciera en vida, casi un niño. Libre ya de la desordenada angustia de sus días y del uniforme que le quedaba grande y lo hacía ver más desdichado, mostraba en la desnudez de su cadáver cierto secreto testimonio de su ser que

en vida no le fuera dado transmitir y cuya expresión buscara acaso por los caminos de la heroína en los cuales se perdiera irremediadamente. La boca le había quedado semiabierta, en un gesto parecido al de los asmáticos que buscan afanosamente el aire, pero al mirarle de cerca se advertía un repliegue del labio superior que descubría una parte de sus dientes con una mezcla de sonrisa y sollozo semejante al espasmo del placer. En el costado izquierdo mostraba una herida de gruesos labios por la que todavía manaba un hilillo de sangre negra con la consistencia del asfalto.

SE LLAMABA "PALITOS"

A los pocos días de mi llegada había aparecido de repente en mi celda con la mirada desencajada y un leve temblor en todo el cuerpo, como el que precede a la fiebre. Me explicó que estaba dispuesto a lavar mi ropa, a limpiarme el calzado, a ir a la tienda por café y así siguió ofreciéndome una lista de servi-



cios con la apresurada angustia de quien transmite un santo y seña o comunica un mensaje urgente. No se esperó a que yo le pidiera nada y al verme dudar, desapareció como había entrado, dejando el eco de su atropelladas palabras.

"A ese téngale cuidado, compañero. Se llama 'Palitos' y siempre está tramando alguna chingadera" me dijo alguno. No me ocupé en pedir más detalles y ya lo había olvidado por completo cuando volvió a aparecer de repente en medio de mi siesta:

"Mi jefecito, le hacen falta unas cortinas para la ventana. Tengo un cuate que me vende unas retebaratas... a ver si las compra, ¿no?"

"¿En cuánto?", le pregunté.

"Siete pesos, mi estimado. ¿Se las traigo?"

Le di un billete de diez pesos y salí corriendo sin esperar a darme más detalles sobre el negocio. No volvió en varios días. Le comenté el asunto a un compañero ducho en la vida diaria del penal, quien me dijo. "Pero amigo mire a quién se le ocurre ir a darle diez pesos y tragarse esa historia de las cortinas. ¿No sabe que 'Palitos' necesita reunir cada día cerca de \$16.00 pesos para comprar su droga y para ello se vale de cuanto argucia pueda imaginar su mente de hábil ratero?" Recordé entonces la mirada acuosa y vaga de sus grandes ojos asombrados por la urgencia de la droga, el temblor que le recorría el cuerpo, la atropellada rapidez con que hablaba como quien libra una carrera contra el tiempo, que se va cerrando implacable sobre el débil ser que pide a gritos esa segunda vida sin la cual no puede existir.

Algunas semanas más tarde volvió "Palitos" a visitarme. Había encontrado en mí una mina inexplorada de ingenuidad y ni siquiera se molestó en explicarme lo sucedido con los diez pesos. Ese día debía tener ya una dosis de heroína que le permitía actuar con relativa tranquilidad y que le trasmitía al mismo tiempo cierta disposición comunicativa de quien quiere conversar mientras le llega el sueño. Fue entonces cuando me contó su vida y nos hicimos amigos.

NI SIQUERA RECORDABA A SU MADRE

No recordaba a su madre ni tenía la más vaga idea de cómo había sido ni quién era. Su primer recuerdo eran las noches que pasaba debajo de una mesa de billar en un café de chinos. Allí dormía envuelto en periódicos recogidos en las calles y a la salida de los cines. Según él, tenía entonces seis años. A los ocho cuidaba un puesto de periódicos y revistas en Reforma, mientras el dueño iba a almorzar y a comer. Fue allí cuando fumó por primera vez marihuana: "Me quitaba el hambre y me hacía sentir muy contento y muy valedor." A los once fumaba ya seis cigarrillos diarios. Por ese tiempo entró a formar parte de una banda de carteristas que operaban en Madero y 5 de Mayo. Para "trabajar" necesitaba ser "grifo" y a buena cuenta de los cigarrillos que se fumaba operaba para sus jefes con una habilidad y una rapidez que bien pronto le dieron fama. Un día cayó en una redada. Lo llevaron a la Delegación de Policía y allí lo examinó el médico. "Intoxicación aguda por narcóticos" fue el dictamen y lo llevaron a un reformatorio de menores. De allí se escapó a los pocos meses y escon-



dido en un vagón de carga del ferrocarril, fue a dar a Tijuana.

Tijuana es la frontera. El paraíso de los narcotraficantes y los tahures, el vasto burdel que opera día y noche al ruido ensordecedor de las sinfonolas y bajo las luces titilantes de mil avisos de neón. Tijuana es el absceso de fijación que hace posible el trabajo ordenado del resto de la rica región californiana y que permite que millones de americanos vayan a desahogar allí la tensión luterana de su conciencia y a probar los nefandos pecados cuyas maravillas les hacen adivinar las furiosas andanadas de sus pastores. "Palitos" por un ordenado azar de la vida, había caído en el justo medio donde podría consumirse con mayor y más eficaz rapidez.

Allí conoció una mujer —mi "jefa"— que lo usaba como cebo para los turistas interesados en "something special" al tiempo que como amante ocasional cuando los dos caían semanas enteras en la ardua excitación de la heroína, de la que se sale como si se emergiera de una profunda zambullida en las insondables profundidades marinas. Ella fue la que le hizo probar el opio. Y aquí era de ver la mirada espantada de "Palitos" al re-

cordar las pesadillas que le produjeran las primeras pipas. Tal como él lo narra, al parecer el poder de excitación del opio superaba su breve bagaje de imaginaciones y recuerdos sensoriales y en lugar de proporcionarle placer alguno, le llenaba el sueño de pavorosos monstruos que lo agobiaban en el terror primario de lo desconocido y le arrastraban los sentidos hacia comarcas tan lejanas de toda posibilidad de comparación con su mezquina experiencia, que, en lugar de ensancharle el territorio del ensueño se lo distorsionaban atrocemente. No resistió mucho tiempo y tuvo que dejar el opio y con él a su "jefa" de la cual se llevó algunas cosas que fueron a parar a la tienda de empeño.

DROGA PARA DOS MESES

Al regresar a México volvió a entablar amistad con los carteristas, pero ya traía el prestigio de su viaje y el que le dio entre sus antiguos conocidos el haber vivido en Tijuana, sólo sería comparable al que gozara un crítico de arte que hubiera dedicado años de su vida a conocer Florencia, Pisa o Siena. Ya no trabajaba a cambio de droga. Cobraba en efectivo

la cruzía, que aunque le hubieran dejado libre se hubiera ingeniado la manera de "echarse otro juzgado" para seguir allí.

EL LEGIONARIO DEL GRECO

Su delirante rutina comenzaba desde las seis de la mañana. Vendía el pan del desayuno y la mitad del atole y con esto comenzaba a reunir la suma necesaria para proveerse de droga. Todas las malicias de la picaresca, todos los vericuetos de la astucia, todas las mañas del hampa, tenían que ser renovadas cada mañana en un esfuerzo gigantesco para lograr esa suma. Sin embargo, nunca le faltó "su mota y su tecata" que son los nombres que en Lecumberri se les da a la marihuana y a la heroína.

Últimamente había logrado la productiva amistad de un afeminado "cacarizo"—como se llama a los presos que gozan de especiales prerrogativas a cambio de trabajos en las oficinas del penal— que le pagaba suntuosamente sus favores. En un riña causada por los celos de su protector, le habían dado esta mañana una certera puñalada en el corazón, en plena fila y mientras pasaban lista en la cruzía. Se fue escurriendo ante los guardias que miraban asombrados el surtidor de sangre que le salía del pecho con intensidad que decrecía desmayadamente a medida que la vida se le escapaba en sombras sucesivas que cruzaban su rostro de mártir cristiano.

Ahora, allí tendido me recordaba un legionario del Greco. La dignidad de su pálido cadáver color marfil antiguo y la mueca sensual de su boca, resumían con severa hermosura la milenaria "condición humana".

Al tobillo le habían amarrado una etiqueta como esas que le ponen a los bolsos y carteras de mano de los viajeros de avión y en la cual estaba escrito en máquina: "Antonio Carvajal o Pedro Moreno o Manuel Cárdenas. Alias "Palitos". Edad: 22 años". Y debajo en letras rojas subrayadas: "Libre por defunción."

PERO DON ABEL ESTABA ENFERMO...

UN PERSONAJE DE BALZAC

De todos los tipos humanos nacidos de la literatura —de la verdadera y perdurable, es obvio— no es fácil encontrar en el mundo ejemplos que se les asemejen. De eso que llamamos un "carácter esquiliano", "un héroe de Shakespeare" o un "tipo de Dickens", solamente un raro azar puede ofrecernos en la vida una versión "real" medianamente convincente. Pero lo que ciertamente consideraba yo hasta ahora como algo de imposible ocurrencia, era el encuentro con ese tan traído "personaje de Balzac" que siempre estamos esperando hallar a la vuelta de la esquina o detrás de la puerta y que jamás aparece ante nosotros. Porque la densa y cerrada materia con la que creó Balzac sus protagonistas de *La comedia humana*, fue puesta sobre los modelos en capas sucesivas y firmemente soldadas entre sí. Son personajes creados por acumulación y que se presentan al lector con dominadora intención ejemplarizante, que excluye ese halo de matices que en los demás novelistas permite la fusión, así sea parcial y en escasas ocasiones, de sus criaturas dentro de patrones ofrecidos por nuestros semejantes en la diaria rutina de sus vidas.

y compraba todas las dosis que le hicieran falta. Sin ella no podía trabajar. Con ella adquiría una coordinación de movimientos y una velocidad de imaginación que lo hacían prácticamente invulnerable.

Hasta cuando un día planeó el golpe increíble, la jugada maestra. Compró unos pantalones de paño azul oscuro, una impecable camisa blanca y unos muy respetables zapatos negros. Se fue a unos baños turcos y de allí salió convertido en un pulcro muchacho de provincia, en uno de esos hijos consagrados que trabajan desde muy jóvenes para ayudar a sus padres y pagar el colegio de sus hermanas. La ascética expresión de su rostro le servía a la maravilla para completar el papel. Consiguió un maletín de esos que usan los agentes viajeros para guardar y exhibir las muestras de su mercancía y con él en la mano entró a la más lujosa joyería de Madero. Esperó unos momentos a que el público se familiarizara con su presencia y de pronto, con serenidad absoluta y seguros ademanes, comenzó a desocupar una vitrina del mostrador. Brazaletes de diamantes, relojes en mon-

tura de platino, anillos de esmeraldas, aderezos de zafiros, todo iba a parar al maletín de "Palitos". Nadie sospechó nada anormal, todos creyeron que se trataba de renovar el muestrario de la vitrina y los empleados pensaron que sería un nuevo muchacho puesto en prueba por la gerencia. Cuando llenó su maletín. "Palitos" lo cerró cuidadosamente y se dirigió hacia la puerta con paso firme y tranquilo. En ese momento entraba el gerente de la firma y por esa rara intuición que tienen los dueños de tales negocios cuando algo marcha mal, se lanzó sobre "Palitos" le arrebató la maleta y lo puso en manos del detective de la joyería. Al hacer inventario del botín se calculó que valía cerca de tres millones de pesos. "Yo ya tenía la transa para venderlo todo por cinco mil pesos. Droga para dos meses, mi jefecito ¡Me amolaron regacho!

Cuando llegó a Lecumberri y pasó por el examen médico fue asignado a la cruzía "F", la de los adictos a las drogas. Y allí esperaba el resultado de su proceso desde hacía tres años, durante los cuales se asimiló tan perfectamente a la vida de



Cuál no sería, mi asombro, cuánta mi felicidad de coleccionista, cuando tuve ante mí y con varios meses para observarlo a mi placer, a un evidente, a un indiscutible "personaje de Balzac". Un avaro.

Llegó a eso de las siete de la noche y fue recorriendo nuestras celdas con propopeya bonachona y dirigiéndose a cada uno dándole la impresión de que con ello le concedía una exclusiva y especial gracia y merced a ciertas secretas y valiosas virtudes del oyente, que sólo a él le era dado desentrañar. De alta y desgarbada figura, rubio, con un rostro amplio y huesudo que surcaban numerosas arrugas de una limpieza y nitidez desagradables, como si usara una piel ajena que le quedara un poco holgada; al hablar subrayaba sus siempre vagas e incompletas frases con gestos episcopales y enfáticos y elevaba los ojos al cielo como poniéndolo por testigo de ciertas nunca precisadas infamias de que era víctima. Tenía costumbre de balancearse en sus grandes pies, como suelen hacerlo los prefectos de los colegios regenteados por religiosos, imprimiendo una vacilante y temible autoridad a toda observación que salía de su pastosa garganta de bedel. Su figura tenía algo de vaquero del oeste que repartiera sus ocios entre la predicación y la homeopatía.

SE LLAMABA ABEL...

Se llamaba Abel, nombre que le venía admirablemente y que vino a aclararme el por qué de esa universal simpatía que despierta Caín, acompañada siempre de una vaga impresión de que el castigo que se le impusiera fue harto desmesurado y hasta con ciertos ribetes de sadismo.

Poco a poco, gracias a los periódicos y a las informaciones que nos trajera la indiscreta diligencia de los encargados del archivo de expedientes, fuimos cono-

ciendo en detalle la historia del balzaciano sujeto.

Amparado en un falso grado de coronel, conseguido Dios sabe a precio de cuántas melosas palabras y ampulosos y retóricos ademanes, se lanzó a labrar una fortuna que, en los estrados, se calculaba en cincuenta millones de pesos, mediante el secular y siempre infalible sistema del agiotismo y la usura. Prestaba dinero a un interés elevadísimo y exigía como garantía —siempre "mediante escritura de confianza a su nombre, anulable al pago de la deuda y sus intereses"— terrenos y edificios situados, por rara coincidencia, en zonas a punto de recibir el beneficio de valiosos adelantos urbanísticos. Por ese implacable cálculo, que en tales gentes se convierte en un sentido más como la vista o el olfato, los dueños se veían precisados a desprenderse de sus propiedades cuando, el hasta entonces generoso amigo, se encontraba obligado a "recoger algunos pesos para hacer frente a una pasajera crisis de sus negocios". Era entonces, cuando la asfixiante tenaza de documentos y juicios de lanzamiento se cerraba sobre el cándido deudor y lo dejaba en la calle desde donde, sin salir aún de su asombro, veía la erguida silueta del "Coronel" recorriendo la nueva propiedad y deteniéndose a admirarla, mientras imprimía a su cuerpo ese balanceo aterrador y justiciero.

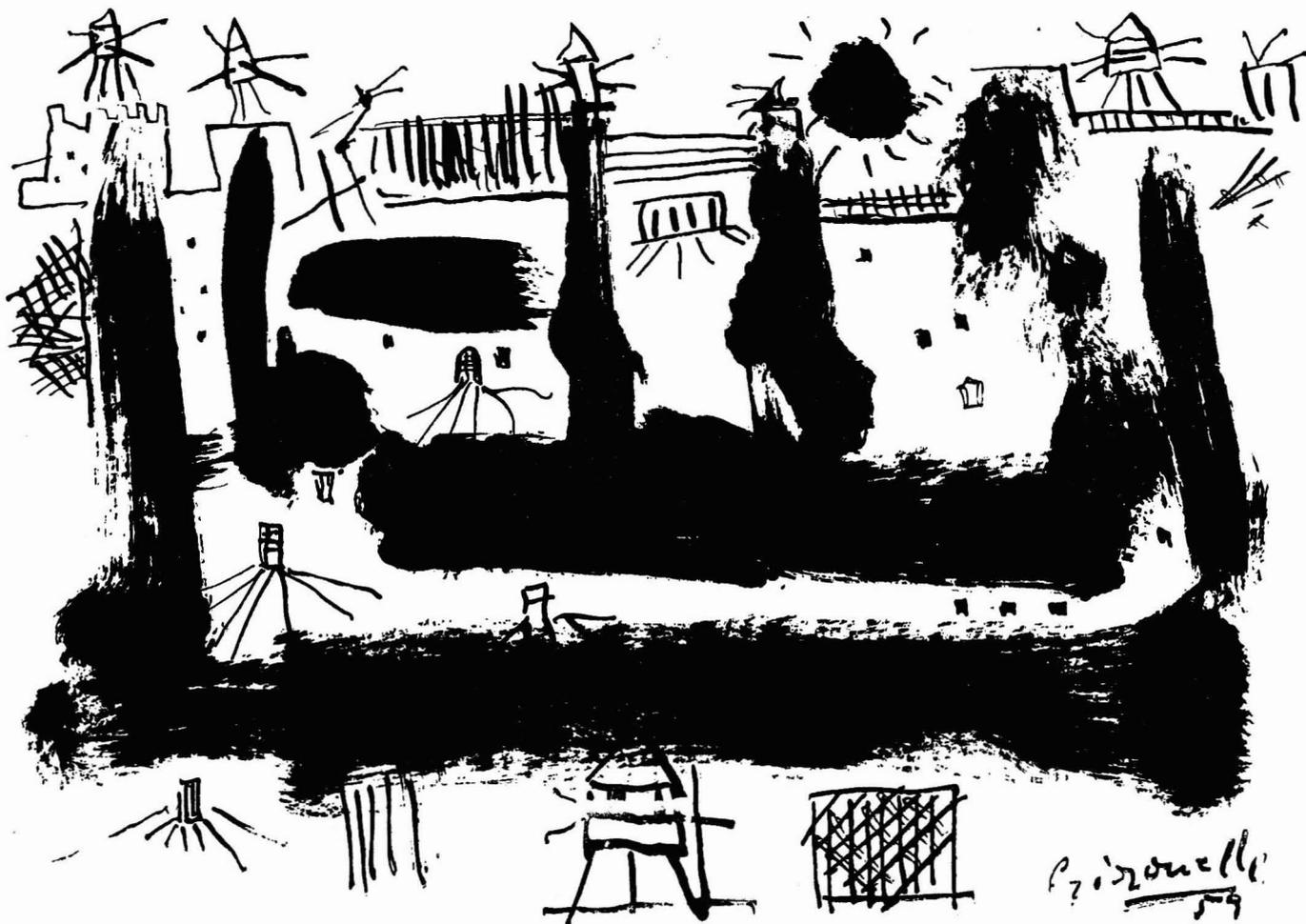
A medida que nos fuimos enterando de estos detalles y que él se daba cuenta de nuestra creciente información sobre su pasado, más enfático se tornaba nuestro hombre en lo relativo a su inocencia y a "las infamias inventadas por sus enemigos, a quienes en su tiempo ayudara con tan buena voluntad". En su uniforme solía llevar una insignia del Club Rotario, que siempre supusimos ladina-mente hurtada y agregada a su atuendo, para subrayar más aún su pregonado "espíritu humanitario de servicio".

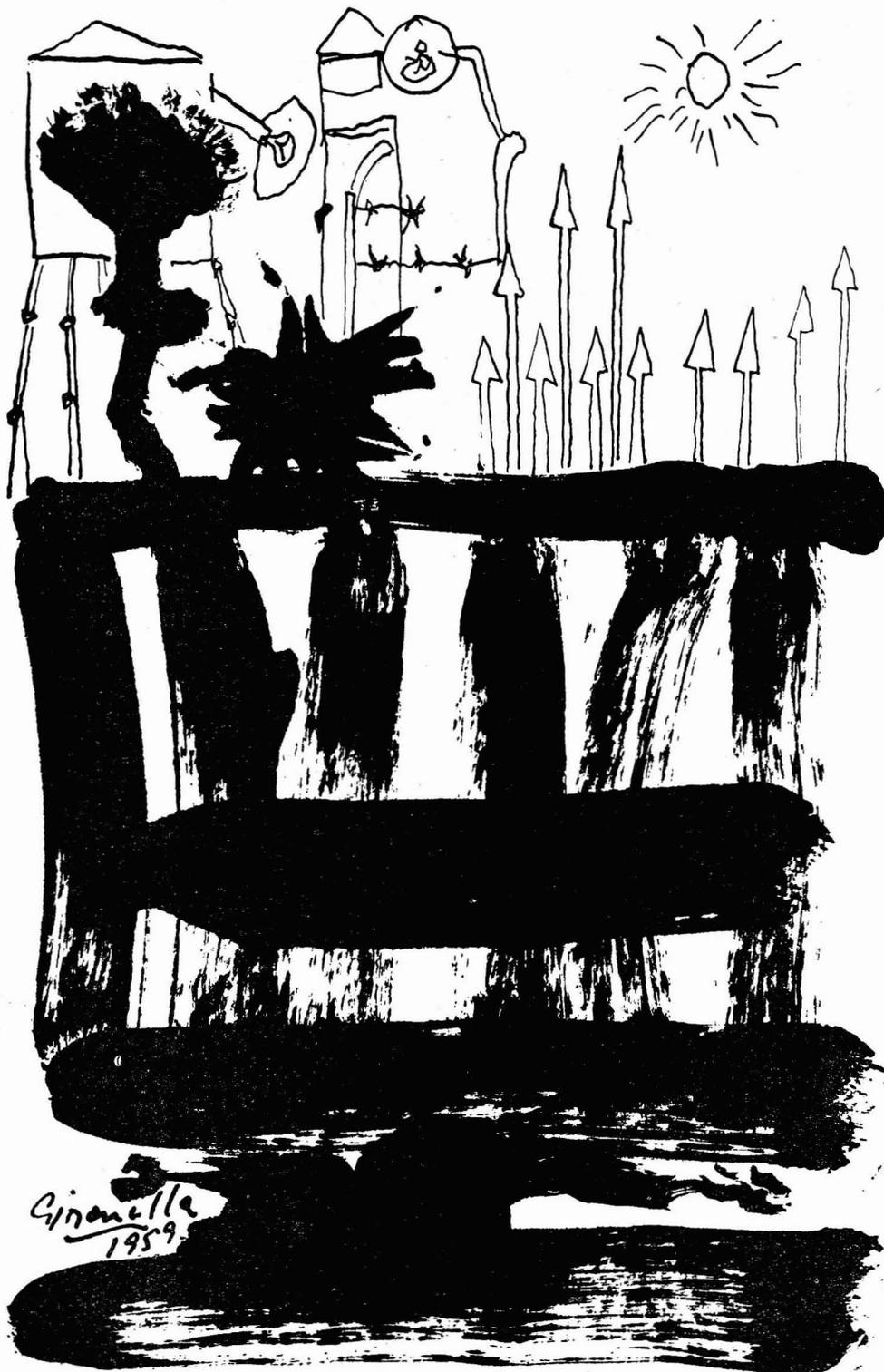
UNA SONRISA BEATÍFICA

Su actitud hacia nosotros y en general hacia todos los presos, fue la de quien, encerrado por una torpe conspiración, tiene que descender amablemente a compartir la vida penitenciaria, dejando ver que es por entero ajeno a ella, mientras se aclara el malentendido. La distancia la marcaba con un gesto de su gran mano simiesca, semejante al de los altos prelados que inician la bendición de una menesterosa turba de fieles harapientos, con algo que tiene mucho de apostólico y no poco de amable rechazo, mientras se coloca en el rostro una sonrisa seráfica de condescendencia destinada a indicar que la pasajera mansedumbre obedece más a necesidades convencionales y exteriores que a un sentimiento personal e íntimo.

Ocupaba una de las celdas del primer piso que mantenía siempre cerrada con candado y a donde nadie fue invitado jamás a entrar. Y mientras todos los demás habitantes de nuestra crujía —conocida en Lecumberri como la de "los influentes" o "cacarizos"— preparábamos nuestra comida o la recibíamos de fuera, don Abel se acercaba dignamente, con la escudilla en una mano y el jarro reglamentario en la otra, para recibir el rancho del penal que llegaba hasta nuestra reja a las horas de comida, únicamente hasta entonces, para cumplir una rutina. Una vez servido, tornaba el rubio "Coronel" a encerrarse en su celda y allí engullía la ración penitenciaria sin que nadie fuese testigo de tan valerosa hazaña.

Cierta mañana, al salir de su celda para contestar a la lista, salieron tras él tres grandes ratas de color pardo y cuyo lanoso vientre casi tocaba el suelo. Se quedaron mirándonos entre asombradas y furiosas y volvieron a entrar al cuarto. Por la cara de don Abel se fue componiendo una sonrisa beatífica que quería





ser la misma que debió iluminar el rostro del "Poverello" cuando le hablara a sus hermanas las aves, pero que, tratándose de nuestro personaje y de tan sucios e irritables roedores, sólo logró ser una turbadora mueca llena de complicidad con las potencias inferiores y que vino a morir en un saltito juguetón, feamente pueril e innecesario.

Una tarde, al regresar de una diligencia del juzgado que seguía su causa, su amplia y huesuda carota de Judas trajo un color amarillo y enfermizo y sus gestos, de ordinario tan amplios y elocuentes, tenían un no sé qué desacompañado y amargo que despertó en nosotros una sorda animosidad, una oscura rabia en su contra.

TRES MIL PESOS DE FIANZA

Al día siguiente nos enteramos de que don Abel estaba enfermo y no podía pasar lista. Cuando llegó el sargento para contarnos, golpeó en su puerta y una hueca y rotunda tos le respondió, resonando en el interior de la celda,

como una mentirosa e histérica disculpa. Ese mismo día, los periódicos trajeron la noticia de que el juez le había fijado una fianza de tres mil pesos para que pudiera salir libre. Para cualquiera de nosotros, una tan beatífica resolución judicial hubiera bastado para llenarnos de alegría. Al "Coronel" lo había sumido en la más angustiosa disyuntiva. La Navidad y el Año Nuevo se acercaban por entonces y sus nietos —que repetían muchos de los rasgos del abuelo con esa torpe y engañosa frescura de la juventud— venían jueves y domingos a visitarle y lo acosaban a preguntas sobre cuándo saldría, si estaría en casa para la repartición de los regalos al pie del árbol y si alcanzaría a las últimas "posadas". La boca del viejo se retorció como un reptil que trata de escapar de las crueles manos de los colegiales que lo atormentan.

Comenzamos a hacer apuestas sobre si don Abel pasaría la Navidad con nosotros o se resolvería a desprenderse de los tres mil pesos de su fianza. Cuando llegó la víspera de las fiestas navideñas, las

apuestas subieron hasta cien pesos y don Abel seguía contestando, con una tos cada día más cavernosa y menos convincente, a la llamada del sargento. Perdieron quienes apostaron a que don Abel pasaría la Navidad con su familia. Y así fue en el Año Nuevo y también en Reyes.

Por fin, un oficial vino a encontrar la fórmula para sacar a don Abel de la cárcel. Una mañana, a la hora de lista, vimos llegar dos camilleros de la enfermería y un ayudante del servicio médico. Golpearon en la puerta del empecinado enfermo y cuando éste contestó con su tos de payaso, el sargento le replicó con un seco "¡Salga!" que debió dejarlo helado en la oscuridad de su celda. Poco después apareció en el umbral y todos debimos mostrar la misma expresión de asombro, al ver la horrible transformación que había sufrido su figura. La piel se le pegaba a la cara como un gris papel de feria desteñido por la lluvia, los ojos hinchados por la humedad sólo dejaban ver una materia rojiza y viscosa que se movía continuamente y de sus gestos luteranos y entusiastas quedaba apenas un temblor de animal acosado. Había olvidado ponerse la dentadura y la boca se le hundía en mitad del rostro como un resumidero de un patio de vecindad.

Allí se quedó parado ante la camilla, sin saber que decir. "¡Acuéstese ahí, y llévenselo!" ordenó el sargento con esa brusquedad castrense que no deja rendir alguna por donde pueda colarse un argumento o una disculpa. El "Coronel" se tendió lentamente en la camilla que los enfermeros pusieron en el suelo y al intentar sonreír hacia nosotros, como tratando de restarle importancia a la escena, dejó escapar un blanco hilo de saliva de sus incontrolables labios.

Ese mismo día llamó a su abogado y le ordenó pagar la fianza. Nos cuenta el enfermero encargado de la sala a donde lo llevaron, que cuando firmó su boleta de libertad, era tal su rabia que rompió dos veces la pluma que le alcanzara el escribiente. Dicen que salió energúmeno, acusando al juez de abusivo y ladrón y a las autoridades de la cárcel de inhumanas y crueles para con un antiguo servidor de los ejércitos revolucionarios.

EL ABATE FARIA

Cuando entramos a su celda, movidos por la curiosidad que tanto encierro nos causara, pensé al momento en la del abate Faria de las viejas versiones del cine mudo de *El Conde de Montecristo*. En una gran cantidad de bolsitas de papel, de esas que se usan en las tiendas para vender azúcar y arroz por kilos, había guardado pedazos de pan que tenían ya una rigidez faraónica, trozos de carne que apestaban horrendamente y otros alimentos cuya identidad había cambiado ya varias veces la acción del moho y el paso del tiempo. Las ratas corrían por entre las bolsas de papel, con el desasosiego de los perros que pierden a su dueño en una aglomeración callejera.

Los fajineros lavaron la celda y por mucho que lo intentaron, no les fue posible hacer desaparecer elapestoso aroma que se había pegado a las paredes y fundido con la humedad que por ellas escurría. Hubo que resignarse a dejar sin ocupar el cuarto y guardar allí las escobas, trapos y baldes con los que hacen el aseo de la cruzja.